

Bujaldón de Esteves, Lila

El orientalismo de Ernesto Quesada. Argel, Túnez y Egipto en su vuelta al mundo de 1912-1913

Letras N° 57 - 58, 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Bujaldón de Esteves, Lila. "El orientalismo de Ernesto Quesada : Argel, Túnez y Egipto en su vuelta al mundo de 1912-1913" [en línea]. *Letras*, 57-58 (2008). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/orientalismo-ernesto-quesada-argel-tunez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

El orientalismo de Ernesto Quesada. Argel, Túnez y Egipto en su vuelta al mundo de 1912-1913.

Lila BUJALDÓN DE ESTEVES

*Universidad Nacional de Cuyo
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*

Resumen: *Este artículo tiene por objeto presentar la conferencia sobre la vuelta al mundo que en 1912 emprendiera Ernesto Quesada, miembro sobresaliente de la Generación argentina del 80. Del texto de la mencionada conferencia se han escogido los destinos visitados por este intelectual en el Norte de África. Algunos aspectos sobresalientes en el análisis del relato están constituidos por el “orientalismo” de su descripción de Argel, Túnez y Egipto, el rol del público femenino a quien está destinado y la peculiar personalidad del viajero.*

Palabras clave: *orientalismo - relato de viaje - Ernesto Quesada*

Abstract: *The purpose of this article is to present the conference on Ernesto Quesada's trip around the world in 1912. He was an outstanding member of the Argentine Generation of the 80's. From the text of the aforementioned conference the North African destinations visited by this intellectual have been chosen. Some outstanding aspects of the analysis of his travel account are the “orientalism” of his description of Algeria, Tunisia and Egypt, the role of the female public to whom it is intended and the peculiar personality of the traveler.*

Key-words: *orientalism - travel writing - Ernesto Quesada*

La vuelta al mundo

En la asombrosa bio-bibliografía de Ernesto Quesada¹ que ofrece Juan Canter (1936) a lo largo de casi 400 páginas encontramos tanto el registro de la vuelta al mundo que el biografiado realizara, como el dato de su relato posterior, aparecido al año siguiente del periplo, en la conocida revista *Nosotros*. Efectivamente, en dos números consecutivos, el de julio y el de agosto de 1914, E. Quesada publicó en dos partes la extensa conferencia titulada “Una vuelta al mundo” que había dictado en el Consejo Nacional de Mujeres en mayo de dicho año (Quesada: 1914).

Otra versión del viaje alrededor del mundo, mucho más apretada y sintética, la encontramos en las páginas introductorias a su descripción —tal vez pionera— de la sociedad australiana, fruto de otra conferencia, pero esta vez desarrollada ante los estudiantes de Sociología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Quesada, 1913, 115-154). A pesar de la considerable menor extensión, hemos tenido presente este segundo texto sobre el mismo recorrido como una especie de borrador, alternativa y cotejo respecto de la versión más amplia, valorando sobre todo que fue redactada por el viajero con anterioridad a la más extensa que publicara en la revista *Nosotros* y destinada a otro público.

La aseveración de Ernesto Quesada al comenzar la conferencia en cuanto a que “viajes semejantes son hoy ya muy comunes” nos remite a empresas similares llevadas a cabo por miembros de su misma generación, la del 80. Es el caso de Eduardo Wilde, quien en dos oportunidades, en 1889 y 1893 (Buffa Peyrot: 1967, 92), viajó hasta Rusia, China y Japón, después de haber recorrido Europa, el Norte de África y Norteamérica, periplos a su vez recogidos en cuatro volúmenes de las *Obras completas* del autor, a saber: *Viajes y observaciones* y *Por mares y por tierras* (Wilde, 1939).

Pero los viajes cada vez más extensos no son sólo una marca de los inquietos intelectuales de la Generación del 80, sino que desde la segunda mitad del siglo XIX, el ansiado viaje a Europa de los latinoamericanos se había ampliado cada vez más para incluir en un primer momento en el itinerario a Tierra Santa y Egipto, y a la vez —en los comienzos del siglo XX— transformar el viaje de aventuras en uno turístico organizado (Taboada: 1998, 301). Sin embargo hay que puntualizar que la así llamada “vuelta al mundo”, a pesar de su anunciada ambición de totalidad, dejaba de lado amplias regiones del globo, como Sudamérica o el África subsahariana.

¹ Ernesto Quesada (1858-1934) fue abogado, sociólogo, profesor universitario en Buenos Aires y La Plata, editor de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, investigador en temas de historia, diplomacia y política internacional, erudito y ensayista, viajero incansable, propulsor del Instituto Iberoamericano de Berlín a través de la donación de su biblioteca al Estado de Prusia, entre muchos otros desempeños destacados. Algunas de sus obras: *La época de Rosas, su verdadero carácter histórico* (1898), *Las doctrinas presociológicas* (1905), *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas* (1910), *La evolución del panamericanismo* (1919), *El sociólogo Enrique Ferri*, *La sociología relativista spengleriana del Derecho* (1924).

El viaje de Ernesto Quesada en 1912 y sus consecuencias literarias

Tanto J. Canter como el propio E. Quesada declaran que el objetivo que llevaba el viajero en el largo recorrido comenzado a mediados de 1912 no era turístico, sino de investigación técnica. La Provincia de Buenos Aires le había confiado la tarea de estudiar el régimen de la propiedad raíz, así como la transmisión y constitución de los derechos de propiedad y, para ello, especialmente el funcionamiento del sistema Torrens, creado y en vigencia en Australia desde mediados del siglo XIX,² para luego aconsejar la manera de aplicarlo en la Argentina.

En 1906, entre sus muchos otros méritos, E. Quesada, como destacado abogado cuyos fallos sentaban jurisprudencia, se había ocupado del tema en un importante trabajo sobre la propiedad raíz en el derecho nacional (Quesada: 1906) y aseguraba en consecuencia que para él:

[...] pocos asuntos tienen una importancia mayor en la República Argentina. El régimen de la propiedad raíz, su saneamiento absoluto, la simplificación de la transmisión y la constitución de derechos reales, involucra la solución del problema económico más trascendental, [...]

Cuanto antes se llegue a la implementación de la reforma del actual régimen inmobiliario sobre la base del sistema Torrens argentino, más rápidamente se habrá consolidado la prosperidad de la República (Quesada: 1915).

El así llamado “viaje utilitario” de los argentinos en el siglo XIX, cuyo objetivo era reunir en Europa valiosos materiales e informaciones para aplicarlos luego en la construcción del país, se prolonga más allá del Centenario y se amplía a una escala mundial en el recorrido de E. Quesada, quien a la vez tiene en su haber una larga tradición familiar de este tipo de experiencias y de su posterior elaboración escrita.

Recordemos que el padre de Ernesto Quesada, Don Vicente, había viajado en 1872 a Europa y, con el objetivo de reformar la Biblioteca de Buenos Aires de la que era director, publicó un extenso libro dedicado a presentar minuciosamente la organización de diez de las más importantes bibliotecas europeas y americanas que había visitado durante su recorrido (Quesada: 1877). El mismo Ernesto, por encargo de la Universidad de La Plata, había dedicado en 1909 un viaje a Alemania para dar cuenta del estado de la enseñanza de la historia en todas sus universidades. El relevamiento del que da cuenta el libro elaborado *a posteriori* podría constituir todavía hoy una fuente bibliográfica valiosa sobre el tema por su exhaustividad y solidez aún para el ámbito académico alemán (Quesada: 1910).

El periplo mundial emprendido por E. Quesada en esta ocasión, cuyo principal destino era Australia por la vigencia allí cumplida del sistema del registro de la propiedad que se juzgaba como óptimo para nuestro país, no tuvo como resultado una única obra final, sino aportes parciales (Quesada: 1913; 1915). Hallamos una explicación para ello en el

²El Sistema Torrens es un sistema de Registro de propiedad propio del Derecho anglosajón, cuyo objetivo principal es dotar de seguridad jurídica y celeridad al tráfico de bienes inmuebles mediante la creación estatal de oficinas de registro de la propiedad.

acopio de un material multilingüe, inabarcable, proveniente de 22 países que rebasaban el marco europeo (con entrevistas a funcionarios, textos legales, fallos de jurisprudencia, libros, folletos, artículos de diario y de revistas, apuntes personales). A la magnitud del material se sumaba paralelamente la falta de auxiliares, secretarios o escribientes que colaboraran en la tarea, carencia de la que el mismo E. Quesada se lamenta (Quesada: 1915).

Por otra parte, el texto de la conferencia de E. Quesada, objeto de este trabajo parcial³, comparte con la trayectoria literaria de otros escritores-viajeros argentinos la escisión tajante y la duplicidad entre escrito “utilitario”, en este caso las publicaciones sobre el tema del registro de la propiedad, y escrito “estético”, el texto de la conferencia, que caracterizan también la escritura surgida a partir de los viajes de J. B. Alberdi y D. F. Sarmiento (Viñas: 1971, 159).

Junto a las cartas, crónicas, artículos periodísticos, libros, la conferencia representaría otra variante del relato de viaje que, por su inicial forma oral, pone en contacto directo al protagonista de la vivencia de la alteridad con un público oyente concreto y determinado. En un gesto reiterado, muchos años después que E. Quesada, J. L. Borges en esa misma tradición dicta una conferencia sobre su “experiencia” del segundo viaje a Japón, acaecido en 1984, que ha quedado felizmente publicada (Borges: 1985). Formalmente sólo se diferencian en que a la conferencia de J. L. Borges se incorporan al final las preguntas del auditorio. Las notas que podemos resaltar en este tipo de “transmisión” del relato de viaje son la credibilidad incuestionable del testimonio, avalada por la presencia del protagonista de la experiencia, y la prioritaria adecuación al público a quien está dirigida.

La mujer: destinataria de la conferencia y objeto privilegiado de la descripción

En la *captatio benevolentiae* con que inicia su conferencia, E. Quesada alaba la obra de la institución que lo ha convocado, el Consejo Nacional de Mujeres, que como sabemos, después de diez años de existencia, en los días del Centenario bregaba por la igualdad de la mujer, pero no había ido tan lejos como para apoyar su derecho al sufragio.

Sin embargo, a pesar del marco progresista que conforman aquellas “distinguidísimas señoras”, cultas y con intereses sociales, que han promovido su conferencia, E. Quesada se decide por la curiosidad femenina como principal justificativo de las elecciones que ha debido realizar frente a un material tan vasto como es el de una vuelta al mundo. Es esta característica de las mujeres la que ha guiado su presentación de parajes y lugares exóticos, y el consecuente abandono de sociedades como la australiana que están más cerca de las europeas ya conocidas. “Lo que más despierta la curiosidad, —y es natural que así sea, sobre todo tratándose de un público especialmente femenino como el que hoy llena este local⁴— es la faz exótica de aquellas civilizaciones” puntualizó E.

³ En “El Japón y la vuelta al mundo de Ernesto Quesada”, ponencia leída en las VIII Jornadas Nacionales de Literatura Comparada (8-11 de agosto de 2007, Facultad de Filosofía y Letras, U. N. Cuyo) me dediqué al fragmento de la conferencia dedicado a ese país del Extremo Oriente. Este trabajo se encuentra actualmente en prensa.

⁴ El resaltado es de la autora del artículo.

Quesada durante la segunda parte de su conferencia (Quesada: 1914, 151). Además, podemos ampliar este público femenino de oyentes en el Consejo Nacional de Mujeres, al de las lectoras de la revista *Nosotros*, contadas entre su público lector más numeroso (Rivera: 1990,1). Es decir que E. Quesada recurre al uso del cliché de la curiosidad femenina que nos remonta a antiguos mitos (Eva, Pandora) y más cercanos argumentos literarios (la joven esposa de Barba Azul), que no dudan en asociarla a la perversidad, la destrucción, el castigo o a la caricatura de una superficialidad poco inteligente, en una de sus formas menos perjudiciales para la sociedad y para ellas mismas.

Dentro del relato, más allá de la exclusiva dedicación a zonas exóticas, término que luego aparece como sinónimo de zonas “orientales” o también de “no europeas”, la repetida incorporación de figuras femeninas en los diversos espacios descriptos se une indefectiblemente a su interacción con el viajero. De acuerdo con el tipo de mujer, su procedencia cultural y las circunstancias del encuentro, el viajero obtendrá el perfil de galán, mentor intelectual, seductor, objeto de deseo o protector. Con las compañeras de viaje, sean inglesas o canadienses, el viajero sobresale por su destreza en el baile de salón o por sus conocimientos sobre egiptología; en Argel se imagina observado ansiosamente desde las ventanas cerradas por celosías en un patio árabe; en Palestina se le otorga el papel de protector al ser elegido por una mujer de Belén como padrino de un niño. De allí que no estemos delante en primer término de una descripción etnográfica, ni antropológica de las mujeres que incorpora a su relato, sino que más bien las distintas presencias femeninas surgidas a lo largo del relato sacan a luz diferentes roles que E. Quesada, como hombre-viajero, asume frente al lugar que la mujer, dócilmente, ocupa en una sociedad determinada: ya sea compañera intelectual, dama de baile, objeto de atracción sexual o pupila necesitada de protección y ayuda.

En el Oriente “orientalista” de Ernesto Quesada

Para dedicarnos al recorrido de E. Quesada en Argelia y Túnez en primer término, y luego a Egipto, queremos destacar las extremas coincidencias textuales del mundo oriental descrito por el viajero argentino que nos ocupa con el así llamado “orientalismo”, tan en boga en la cultura europea desde los siglos XVIII y XIX, y que por ende, no podía estar ausente del horizonte cultural argentino, como lo ha mostrado recientemente el estudio de Axel Gasquet que lleva precisamente como subtítulo: “El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt” (Gasquet, 2007).

En este contexto, si tuviéramos que apelar a la mención de una obra clave en la difusión y vulgarización de la imagen de un Oriente sensual y maravilloso, ésta sería *Las mil y una noches*, desde su temprana traducción de A. Galland a comienzos del siglo XVIII, cuya mención tampoco podía estar ausente en ambos textos de E. Quesada sobre el itinerario oriental (Quesada: 1913, 117; Quesada: 1914, 17).

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española ofrece tres acepciones para el término “orientalismo”: la más amplia alude al conocimiento de la civilización y cos-

tumbres de los pueblos orientales; la segunda, marca la predilección por las cosas de Oriente y la última y más difusa equivale a “carácter oriental”. Otras enciclopedias señalan que “orientalismo” significa la imitación o representación por parte de escritores y artistas occidentales de los diversos aspectos de las culturas orientales. En la más moderna acepción y uso, sobre todo en el ámbito de la crítica cultural, el término “orientalismo” está asociado a aquellas connotaciones negativas e interpretaciones prejuiciosas sobre el Oriente, surgidas a partir precisamente de los innumerables estudios “orientalistas” llevados a cabo durante la expansión imperialista francesa e inglesa en los siglos XVIII y XIX. Solamente en lengua francesa se cuentan hasta 60.000 libros publicados sobre el Cercano Oriente, estudios surgidos ya con el marco de la campaña napoleónica a Egipto y hasta los años de los protectorados francés y británico en el Norte de África (Pageaux, 1990, 310), vigentes mientras E. Quesada los recorre.

Eduard Said, autor del conocido libro *Orientalismo* (1978, 2003), fue quien añadió al término la actual dimensión moral y política. El Oriente al que se refiere E. Said es el Oriente musulmán o islámico, ubicado en los países del Cercano y Medio Oriente, signados por un exotismo que genera simultáneamente fascinación y desprecio. Como sabemos, E. Said sostiene la tesis de que Oriente es una construcción ideológica de Occidente para ejercer su supremacía política sobre esos amplios espacios que engloba la noción de “oriental”. Para E. Said se trata de un Oriente creado “por los conquistadores, administradores, académicos, viajeros, artistas, novelistas y poetas británicos y franceses” (Said: 2003, 10) en provecho de aquellos y no de los pueblos estudiados, ya que todos aquellos conocimientos no contribuyeron a su progreso ni a su comprensión. Los cuantiosos documentos surgidos a partir de ese interés “orientalista” tuvieron el carácter “científico” que les otorgaba la proveniencia de los estudiosos “orientalistas” en boga y así, a pesar de los clichés, prejuicios y subjetivismo que los caracterizaban, se constituyeron en la primera lectura y fuente de los subsiguientes viajeros, escritores, intelectuales que emprendieron un acercamiento al Oriente.

En este Oriente, los sueños y la imaginación de importantes escritores franceses del siglo XIX hallaron un escenario propicio para buscar “otra existencia”, la mujer ideal, un mundo de sensaciones diferentes, el espacio donde tenían lugar habitualmente transgresiones como la poligamia y la homosexualidad. Precisamente sobre la base de esa radical diferencia, según E.Said, se construyó desde Europa la idea y la imagen de un Oriente sin más límites geográficos ni culturales que los de su esencial antítesis, el “Occidente”.

Especialmente desde el Siglo de las Luces y su central exaltación de la razón, el Oriente será el escenario escogido para mostrar y corporizar sus opuestos: el fanatismo, la pasión, la crueldad, el despotismo, el imperio de lo maravilloso, así como sus consecuencias de inmovilidad y primitivismo, opuestas a la modernidad occidental en marcha. Frente a ese modelo negativo, la reacción se vuelve de atracción e interés: conocerlo y estudiarlo cuidadosamente en todas sus facetas, pero para no repetirlo ni caer en él.

Los innumerables viajeros, inclusive argentinos que se animan a ampliar —aunque más tardíamente— el consabido periplo europeo, van a poner a prueba y sobre todo a constatar la existencia de ese mundo exótico, “otro” por naturaleza, en las antípodas de lo que propone el modelo “racional” europeo. Entre muchas otras, las pinturas “orientalistas” de J. A. Ingres (1780-1867), E. Delacroix (1798-1863), E. Fromentin (1820-1876), ofrecen un repertorio de odaliscas, baños turcos, escenas de harems y de crueldad, que fijan un exotismo sensual, decadente, corrupto, a la vez que de ese forma descubren aspectos ocultos o ilícitos de la cultura observadora, esto es, la “occidental”. Desde V. Hugo y *Los orientales*, Chateaubriand, Lamartine, M. Barrès, Paul Moran, Baudelaire, P. Loti, G. Flaubert, en una lista casi interminable, el Oriente musulmán equivale para estos escritores franceses a lo extranjero, lo exótico para Europa, y representa a grandes rasgos lo amenazante, a la vez que un espacio de esplendor y refinamiento, al que finalmente se recurrirá nostálgicamente como último refugio de la belleza (Moura: 1999).

En Argel y Túnez

Para narrar su vuelta al mundo, Ernesto Quesada comienza el cuerpo de su conferencia con la descripción de Argel, Túnez y Egipto, es decir el Oriente enclavado alrededor del Mediterráneo. La travesía hasta Europa y su estadía previa en el continente europeo son omitidos como ya conocidos por el auditorio femenino, a quien —como hemos puntualizado más arriba— supone interesado especialmente por lo exótico. De igual manera dejará de lado su recorrido final por Canadá y Estados Unidos, antes de retornar a Buenos Aires. No hay fechas, ni precisiones cronológicas del itinerario, salvo la mención de la fiesta del Año Nuevo 1913 en Luxor. Sí contabiliza el viajero al final de la conferencia las millas, 36.440, los 50 hoteles y los 21 vapores utilizados en el largo periplo (Quesada: 1914, 180).

La voluntad de concentrar su relato en este ámbito cultural y geográfico se hace explícita al aclarar que se dedicará exclusivamente a la existencia árabe y musulmana, sinónimo entonces de exotismo. Esta decisión está confirmada al excluir del relato el recorrido por Sicilia y por Nápoles, que necesariamente debió cumplir en su ruta desde Túnez a Egipto, como puede apreciarse en el mapa del itinerario adjunto.

El viajero anuncia el destino al que se dirige desde Marsella con el calificativo de “misterioso”, “sutil” y presiente la vida que allí se desarrolla como “llena de poesía y ensueño”. Llegado a destino, la naturaleza que rodea a Argel no es sino “lujuriosa y exuberante” y se extiende bajo un cielo “seductor”. El perfume “voluptuoso” contamina los rostros de las mujeres en esa tierra de “languidez y pasión” y la vida de placer y holganza continuas es resultado directo de la “calenturienta imaginación morisca”. Ya en la selección del lenguaje empleado no es difícil descubrir aquel “mirage” oriental que corresponde al ámbito de lo imaginario y onírico, de la pura sensualidad con que se reviste un Oriente colorido y atrayente.

La reacción del viajero frente a este mundo nuevo es de estupefacción y fascinación, estados anímicos que incluso llegan hasta el deseo de convertirse en musulmán para disfrutar de esa existencia en forma permanente. Junto a la imagen de un Oriente exótico y sensual, se cuela aquí aquel otro Oriente, reservorio de la sabiduría, que cultivaron algunos románticos alemanes y que ubicaron geográficamente más hacia el Este, entre los egipcios, persas y judíos.

De la descripción de los exteriores “pintorescos”: calles estrechas y sinuosas, cafés, bazares, mezquitas, escuelas coránicas, mujeres cubiertas con velo, hombres con sus túnicas multicolores y danzas “lascivas” de bailarinas delirantes, pasa el viajero a poner ante nuestros ojos el interior de una casa árabe, con el recurso de una anécdota que nos trae el recuerdo de los numerosos relatos de los baños de Argel, comenzando por los de autoría cervantina.

En la figura del dueño de casa que consiente en dejar pasar al curioso viajero occidental reconocemos las notas de prevención y edad avanzada que acompañan al marido celoso de los cuentos moriscos; las ventanas que se cierran con estrépito a la llegada del intruso, las miradas curiosas presentidas y los murmullos femeninos agregan el segundo componente narrativo a una pequeña historia que E. Quesada apenas esboza en la anécdota. La descripción de las habitaciones interiores que dan al patio, al que excepcionalmente le es dado acceder al viajero, reproducen el lujo, la holganza, el apartamiento, el halago de los sentidos por medio de perfumes y sonidos, que confirman “la voluptuosidad”, “el goce sensual”, la invitación “a soñar con las huríes del paraíso mahometano” que ya le ha sido propuesto por la naturaleza y los espacios exteriores en los previos recorridos por Argel.

La explicación de esa envidiable vida “oriental” en lo de epicúrea, centrada en el presente, falta de deseos y envidias, así como de angustias por el futuro, la encuentra el viajero en la fuerza de la fe musulmana. Se atreve incluso a profetizar: “el triunfo de Mahoma en aquellas regiones fue completo en otro tiempo, y [el árabe silencioso] está seguro de que tornará a serlo nuevamente en alguna época futura...” (Quesada, 1913, 118).

De la estadía en Túnez no elige describir nuevos elementos de la vida árabe, sino que incorpora la historia de la región, dándole un lugar importante a Cartago y a los sucesivos conquistadores y piratas que la dominaron, hasta llegar al momento presente del “poder de la civilización europea”. En ese sentido y de manera puntual, alude Ernesto Quesada a un rey local que no gobierna, sino que éste está ejercido en verdad por la “garra francesa”, aportando así el viajero una de las pocas menciones a la actualidad de la situación política de la región, cuya constante omisión es otra de las características del “orientalismo”.

Dado que la evocación histórica predomina en este fragmento de la conferencia, la anécdota que introduce el viajero en este caso es la lectura que lleva a cabo de la novela *Salambó* (1862) desde lo alto de las colinas donde se hallan las ruinas de Cartago. Bajo el influjo de G. Flaubert se produce la fantasmagoría que transforma en reales los tiempos del drama del “genial novelista” y en ilusorios los que lo rodean:

... todo desapareció poco a poco como se deshace el humo con el viento, y mis ojos tan sólo veían las construcciones de la Cartago de la leyenda, una población llenando sus calles, las escenas todas del drama descrito por el genial novelista: y esa curiosa transposición de siglos y de espectáculos se apoderó de tal manera de mí, y tan tenía el pasado echadas hondas raíces en mi pecho, que no podía convencerme de la realidad y ésta era lo que me parecía ser sueño... (Quesada: 1914, 13).

Reaparecen en la pose del argentino, el escenario crepuscular, la melancolía y la meditación del viajero, sentado contemplando las ruinas de Palmira, que acuñó Volney en su difundido texto (Volney: 1791, 1973). Pero en esta ocasión la evocación está mediada por la lectura de una conocida novela histórica “orientalista”, portadora de imágenes sensuales, voluptuosas y crueles de una sociedad —en este caso la fenicia— presentada en las antípodas del mundo romano.

En Egipto, “la tierra de la luz”

En Egipto, junto al Oriente que se asocia a los relatos de *Las mil y una noches*, aparece el segundo Oriente, cuna de la civilización y de la sabiduría. El primero halla su ubicación en las descripciones de El Cairo, el segundo se despliega en el recorrido por el valle del Alto Nilo, junto a los restos de la antigua cultura egipcia.

En El Cairo E. Quesada se dedica a presentar “el aspecto íntimo de la vida egipcia”, como lo haría un viajero dedicado a la etnografía: un bautismo kopto, un casamiento, un funeral musulmán, la partida hacia el extranjero de una familia rica, los oficios de los artesanos del bronce, las telas y la madera, los vendedores ambulantes de agua y de refrescos, los hipnotizadores. La ecuanimidad del observador sólo cambia al presenciar un rito musulmán, la procesión de Hussein y Hassan, en que “dos filas de fanáticos” se hieren con cimitarras al son de cantos guturales. Califica la ceremonia de “impresionante” y al espectáculo de “terrible”, y el miedo que se le genera como cristiano reside en la sensación de haber presenciado algo que le está vedado como tal, experiencia que volverá a repetir en la ciudad hindú de Madura, al presenciar una ceremonia nocturna en honor de la diosa Minakshi (Quesada: 1914, 48).

Los términos que acompañan la descripción de la excursión por el Nilo delimitan tanto el estado de ánimo del viajero durante el recorrido, como la valoración que despiertan en él los vestigios de esa cultura: “admirable”, “estupenda”, “maravillosos sucesos”, “sugereamente civilización”, “opulencia”, “tremendo coloso” “días gloriosos”, “ruinas majestuosas”, “efecto mágico”, “reinado esplendoroso”, “místicas columnas”, “brillo de las cortes”. Más que detenerse en una presentación detallada de los templos y tumbas que visita, destaca E. Quesada las actividades de los compañeros de viaje, a los que califica de “turistas escogidos”, ya que se siente unido a ellos por el loable objetivo de ocuparse y recorrer las antigüedades egipcias. La identificación con ellos es todavía más notoria si consideramos la distancia que establece en los destinos anteriores, Argel o Túnez, con

los barrios europeos y sus moradores dedicados a reproducir, según E. Quesada, de este lado del Mediterráneo la misma existencia que llevan en Europa.

Para comprender y aprovechar este viaje por el Nilo es necesario prepararse eruditamente con “libros y libros” y mezclar las actividades placenteras del crucero con lecturas y “proyecciones luminosas” que preparan al visitante para la excursión del día siguiente.

Probablemente como un homenaje al público femenino selecto que lo escucha, E. Quesada introduce en el relato como compañera de viaje a una joven canadiense con la que establece una especie de competencia en cuanto a los conocimientos arqueológicos poseídos para desentrañar los problemas más arduos de los jeroglíficos o de la arquitectura funeral visitada. Las obras arqueológicas que la estudiosa Miss Andrews ha leído son precisamente las de los egiptólogos más destacados del momento: Gaston Maspero, Wallis Budge y Arthur Weigall. El dragomán que acompaña a los excursionistas se constituye en el tercer integrante de este triángulo sapiente y así es que el viajero afirma que: “...[el inolvidable Raschid Monthani] concluyó por colocarse cerca de nosotros al dar sus explicaciones a medida que recorríamos las ruinas, y se entretenía en discutir después, en terceto, los más arduos problemas con que sacan a uno de sus casillas las antigüedades egipcias” (Quesada: 1914, 18).

La anécdota con que alterna E. Quesada el viaje por el Nilo reitera el modelo de evocación de la ciudad de Cartago bajo el influjo de la lectura de *Salambô* en su visita a Túnez. En las ruinas de Karnak, bajo el influjo esta vez de la luna, revive junto a Miss Andrews, la erudita compañera de viaje, una escena multitudinaria del culto antiguo y a través de ella “la historia egipcia entera parece responder con un golpe de luz al que la descubre” (Quesada: 1914, 20). Pero esta vez el encanto se rompe por el sonido de una música que profana el momento y lugar sagrados: “varias parejas de nuestros compañeros, al sonido de una orquesta improvisada, se lanzaron a bailar tango, esa peste danzante que parece haber invadido el mundo chic contemporáneo en el presente cuarto de hora!” (Quesada: 1914, 20). La mención podría interesar al musicólogo que persiguiera la historia del tango en los albores de su difusión internacional, pero lo interesante para nosotros es el rechazo escandalizado del viajero argentino, basado tanto en la inadecuación del lugar como en el tipo de baile.

Más allá de la anécdota y de la danza, persiste en el relato de viaje de Ernesto Quesada el rechazo por la mezcla o contaminación de diversas culturas, de razas diversas, de diversos estilos, ni siquiera justificados por los avances de la modernidad a la que otros hombres de su generación, como Eduardo Wilde, tan calurosamente adhirieron. En Argel, por ejemplo, al destacar el interés que tiene la parte árabe, añade E. Quesada sobre ella: “...que se ha tenido el buen gusto de dejar intacta, aun cerrando los oídos a los reclamos de los higienistas y de ediles que todo quieren reformar y modernizar...” (Quesada: 1914, 8).

En ese mismo sentido es que defiende la necesidad de conservar los monumentos y respetar el estilo de los ya existentes cuando se promueven en el lugar nuevas construc-

ciones, como es el caso de Delhi frente a su proclamación como capital del imperio británico de la India y consecuentes perspectivas de nuevos grandes edificios oficiales.

Algunas reflexiones

Si Ernesto Quesada había emprendido el largo viaje alrededor del mundo con un objetivo jurídico preciso, el conocer un régimen óptimo de propiedad y su aplicación, éste se cumplió minuciosamente y quedó plasmado en posteriores escritos parciales, junto a ingentes materiales que quedaron inéditos. Precisamente en un ámbito “exótico”, como lo era el tunecino, encontró un modelo al cual atenerse por las similares características que ofrecía con el de su país. Ya que en la legislación tunecina, así como en la argentina, había estado en vigencia el código civil francés, y en aquel país oriental durante medio siglo de experimentos se había llevado a cabo una transición exitosa de un régimen a otro por medio de sucesivas reformas y adaptaciones en su legislación inmobiliaria, esta transformación era digna de ser tenida en cuenta para el cambio necesario en la Argentina. La magnitud y rigurosidad del relevamiento a escala mundial de Ernesto Quesada hablan de una tarea llevada a cabo con el científicismo propio del Derecho comparado en el marco de una instancia oficial de gobierno.

Por el contrario, sobre el mismo viaje surge a propuesta de un requerimiento social totalmente diverso, el texto de la conferencia de Ernesto Quesada que reproduce la imagen del Oriente musulmán creada por los franceses para los países del Norte de África, decidiéndose el viajero por la fascinación como sentimiento preponderante ante ese mundo “exótico”. No hallamos en este texto ni cifras, ni constataciones, ni leyes, ni ordenanzas, ni códigos vigentes que intenten describir y hacer un relevamiento de esas sociedades en su realidad actual, sino sensaciones, impresiones, evocaciones históricas, anécdotas, con las que la subjetividad del viajero intenta transmitir —a la manera de escenas en sucesión— una visión fragmentada de esa radical *otredad*. Dentro de esa preponderancia del subjetivismo y el consecuente cariz estético en la presentación de su recorrido por el mundo, ocupa un lugar importante el retrato de sí mismo que como viajero nos deja en la conferencia.

Fuera de las limitaciones en los recorridos que le provoca el objetivo “técnico-científico” de su viaje, se autodefine como turista, como *globe trotter*, pero con las aficiones de un estudioso. De allí que el único segmento de la gira en que encuentre verdaderos compañeros de ruta sea en la visita en común realizada a las ruinas egipcias, en que el mayor placer está dado por el encuentro con esa cultura antigua prestigiosa. Desde una perspectiva antropológica, ambas caracterizaciones carecen del encuentro humano con los habitantes de espacios diferentes: el turista lo omite por la rapidez del pasaje, el estudioso por la mirada distanciada o histórica que le hace preferir los objetos, las ruinas, a los seres actuales que pueblan el lugar.

En la interpretación de Tzvetan Todorov esos encuentros con objetos inanimados o propios de la naturaleza no ponen en peligro la identidad propia, de allí que concluya: “es

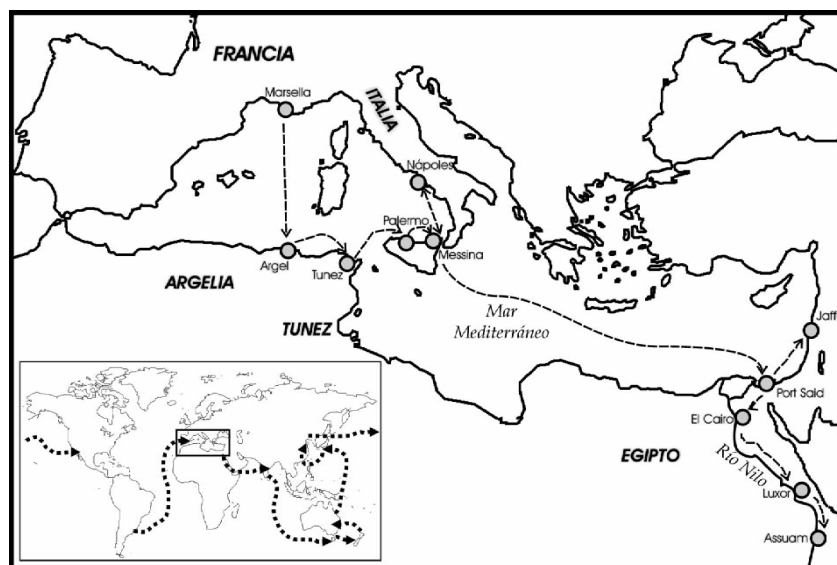
menos peligroso ver camellos que hombres”⁵ (Todorov: 1989, 378). Este ejemplo nos remite a las líneas finales de la visita a Egipto que nos ocupa, en la que se cuenta una excursión a una tribu sudanesa acampada en un oasis. Allí, además de destacar el calor y color del desierto y sin escribir ni una línea sobre aquel pueblo, ni su particular forma de sobrevivir — E. Quesada se extiende en cambio en “[...] el recuerdo del trote desconcertador del dromedario, que me arrojaba sin piedad de derecha a izquierda, izado yo sobre su alta giba, sin estribos y sin tener como conservar el equilibrio, todo lo cual me producía una impresión parecida a la del mareo en pleno temporal” (Quesada: 1914, 21).

En esa misma postura como viajero es que podemos considerar la ausencia de una crítica a la situación jurídica y social de la mujer en los países árabes visitados, a pesar de que por otra parte ha adecuado su conferencia a un auditorio femenino argentino, asociado en el objetivo común de promover la igualdad de la mujer en la sociedad.

El viajero argentino se identifica con “la raza blanca” y por ende con los “occidentales”, pero se distancia de aquellos europeos que reproducen sus costumbres y forma de vida en sociedades diametralmente diferentes como la árabe. Ha adoptado el discurso “orientalista” europeo para aproximarse a los países musulmanes, pero hace un lugar a la valoración de la “estupenda cultura morisca que ha dejado en media España huellas imborrables” (Quesada: 1914, 11), con lo que participa de un rasgo peculiar de otros viajeros latinoamericanos de la época al Oriente (Taboada: 1998). La riqueza y complejidad del orientalismo español frente al francés y británico serán reconocidas también, aunque tardíamente por el mismo E. Said en el prólogo a la reedición española de su conocida obra (2003).

La situación prebélica europea de 1913, sobre todo en el texto más breve dedicado a sus estudiantes de Sociología (Quesada: 1913), le arranca duras críticas para los países occidentales, “blancos”, en lo que hace a su rivalidad, carrera armamentista y arrogancia cultural, situación que contrasta con la actitud paciente y tranquila del musulmán, seguro de que su época triunfal volverá alguna vez. La visión del Oriente sabio, referido al pasado remoto de los orígenes de la Humanidad, se proyecta así en Ernesto Quesada hacia el futuro.

⁵ En el original: “*il est moins dangereux de voir des chameaux que des hommes*”.



Recorrido de Ernesto Quesada por el Norte de África durante su vuelta al mundo (1912-1913).*

Bibliografía

- BORGES, J. L. “Mi experiencia con el Japón”. Conferencia pronunciada el 8 de julio de 1985 en la sala Promúsica de Buenos Aires, *Sekai*, 40, set. 1985, 4-9.
- BUJALDÓN DE ESTEVES, Lila. “Ernesto Quesada y Alemania: un modelo de filia cultural”, *Ibero-Amerikanisches Archiv* 16, 2, 1990, 261-272.
- BUFFA PEYROT, Yolanda H. *Contribución a la bibliografía de Eduardo Wilde*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1967. Bibliografía Argentina de Artes y Letras nr. 31.
- CANTER, Juan. “Bio-bibliografía de Ernesto Quesada”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires* XX, (1936), 342-722.
- CARRIZO RUEDA, Sofía. *Poética del relato de viajes*. Kassel: Reichenberger, 1997.
- CICERCHIA, Ricardo. “Sarmiento: un hombre de letras en Argelia”, *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional. Viajes, relatos europeos y otros episodios de la invención argentina*. Buenos Aires: Troquel, 2005, pp. 153-174.
- GASQUET, Axel. *Oriente al Sur. El orientalismo literario de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: Eudeba, 2007.
- Imagology. The cultural construction and literary representation of national characters. A critical survey*. Ed. Manfred Beller and Joep Leerssen. Amsterdam: Rodopi, 2007.

*Agradezco a Matías Ghilardi por la realización del mapa

- JITRIK, Noé. *Los viajeros*. Buenos Aires: Jorge Álvarez S. A., 1969.
- LIEHR, Reinhard. El Fondo Quesada en el Instituto Ibero-Americano de Berlín Anexo: 38. "Investigación mundial 1912-1913: Legislación sobre la propiedad. Estados Unidos: Sistema Torrens en "Massachussets 1903" (Resultado de investigaciones, recopilados por Ernesto Quesada), *Latin American Research Review*, vol. 18, nr. 2, 131.
- MOURA, Jean-Marc, "L'Exotisme européen", *Précis d'histoire de la littérature européenne*, Béatrice Didier (Ed.), París: P.U.F., 1999, 241-252.
- MÜLLER DE RUSSO, Gisela, "La conferencia académica", en *Los textos de la ciencia. Principales clases del discurso académico-científico*. L.Cubo de Severino (coord.), Córdoba: Comunicarte, 2007, pp. 189-217.
- NÚÑEZ, Estuardo, "La imaginaria oriental exotista en Rubén Darío", *Letras*, San Marcos, 76/77, 1966, 60-68.
- PAGEAUX, Daniel-Henri, "L'orientalisme littéraire", en *Grand Atlas des Littératures*, París: Encyclopédia Universalis, 1990, pp. 310-311.
- QUESADA, Ernesto. "La propiedad raíz en el derecho argentino", *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales XXIII*, tomo II, Buenos Aires, 1906.
- QUESADA, Ernesto. *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*. La Plata: Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910.
- QUESADA, Ernesto. "La lógica de nuestro feminismo", *Revista de Filosofía*, año VI, nr. 4, julio 1920, 7-30.
- QUESADA, Ernesto. "Los fenómenos sociológicos australianos y el criterio argentino", *Revista argentina de Ciencias Políticas*, IV, VII, 38, 1913, 115- 154.
- QUESADA, Ernesto. "Una vuelta al mundo", *Nosotros*, año VIII, nr. 63, julio 1914, 5-49; (Conclusión), agosto 1914, año VIII, nr. 64, 147-180.
- QUESADA, Ernesto. "La legislación inmobiliaria tunecina, investigación practicada in situ en 1912", *Anales de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales I*, Buenos Aires, 1915, 73-935.
- QUESADA, Vicente. *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*. Buenos Aires, 1877.
- RIVERA, Jorge B. "Nosotros: la construcción de la hegemonía y el disenso", *Clarín, Cultura y Nación*, 1.02.1990, 1-4.
- SAID, Edward. *Orientalismo*. Presentación de Juan Goytisolo. 2°. Barcelona: Debolsillo, 2003.
- TABOADA, Hernán, "Orientalismo periférico de viajeros latinoamericanos (1786-1920)", *Estudios de Asia y África*, (1998), 285-305.
- TERÁN, Oscar. "Ernesto Quesada: sociología y modernidad", en *Vida intelectual en el Buenos Aires Fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 207-288.
- TODOROV, Tzvetan. *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*. París: Seuil, 1989.
- VIÑAS, David. *De Sarmiento a Cortázar. Literatura Argentina y realidad política*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1971. Especialmente capítulo II: El viaje a Europa, pp.142-211.
- VOLNEY, Conde de. *Las ruinas de Palmira*. Barcelona: Petronio, 1973. 317 p.
- WILDE, Eduardo. *Obras completas. Viajes y observaciones (Primera Parte)*. Vol. XII. Buenos Aires: Belmonte, 1939.
- Obras completas. Viajes y observaciones (Segunda Parte)*. Vol. XIII. Buenos Aires: Belmonte, 1939.
- Obras completas. Vol. XIV. Por mares y por tierras. Primera Parte*. Buenos Aires: Belmonte, 1939.
- Obras completas. Vol. XV. Por mares y por tierra. Segunda Parte*. Buenos Aires: Belmonte, 1939.